

Elementos para un Seminario sobre los Sincretismos en América Latina.

Boaventura Kloppenburg, O. F. M.
Instituto Teológico-Pastoral del CELAM

Sincretismo es una mezcla no asimilada, yuxtaposición o superposición de cristianismo con paganismo, supersticiones, brujerías, magia y otras manifestaciones religiosas locales o exóticas. Sin profundización personal sobre el contenido de una doctrina o el significado de un rito, la mentalidad sincretista acepta o mezcla fácilmente principios o prácticas ajenas y caracterizadamente incompatibles con el mensaje cristiano.

Los sincretismos surgen del encuentro de las culturas con religiones distintas. Según el Documento de Puebla (n. 307), América Latina constituye el espacio histórico donde se da el encuentro de tres universos culturales: el indígena, el blanco y el africano, enriquecidos después por diversas corrientes migratorias. Se da, al mismo tiempo, una convergencia de formas distintas de ver el mundo, el hombre y Dios y de reaccionar frente a ellos. Se ha fraguado una especie de mestizaje latinoamericano. Aunque en su espíritu permanece una base de vivencias religiosas marcadas por el Evangelio, emergen también y se entremezclan cosmovisiones ajenas a la fe cristiana. Véanse también los nn. 409 ss.

Por todo eso América Latina es una realidad compleja: no podemos hablar sin más de un "cultura latinoamericana". Es necesario hablar de pueblos y culturas en plural. Esta diversidad socio-cultural es más marcada en unos países que en otros. No es fácil llegar a una visión clara de la diversidad étnica existente en los diversos países. Pues los censos y otras fuentes demográficas oficiales u oficiosas generalmente tienden a usar criterios minimizantes para determinar el número de indígenas u otros grupos étnicos, valorando la "integración nacional", la unicidad de idioma, la blancura de la piel o aún el mestizaje por encima de la diversidad cultural y religiosa. La no integración a la cultura general de una nación es muchas veces considerada como índice de sub-desarrollo.

El Departamento de Misiones del CELAM inició en octubre de 1977 un programa conjunto con las Comisiones de Misiones de las 22 Conferencias Episcopales de América Latina con el fin de preparar un aporte específico para la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que se realizó en Puebla, México, del 27 de enero al 13 de febrero de 1979. Este precioso aporte fue publicado en el Libro Auxiliar N° 4: *Visión Pastoral de América Latina* (Secretariado General del CELAM, Bogotá 1978). De este aporte sacamos algunos datos sobre los distintos grupos culturales en América Latina:

Los Pueblos Indígenas de América Latina

"Indígenas" (el término "indio" es despectivo, menos en Brasil) son personas y grupos originarios del Continente Americano que siguen esquemas

propios y originales para la organización de su vida socio-cultural. Actualmente el número de indígenas, llamados también "amerindios", llega aproximadamente a unos 36 millones de personas, reunidas en casi 600 grupos lingüísticos. Muchos de ellos son verdaderos pueblos y no meramente tribus. Pueden ser divididos en dos grandes grupos:

1. *Los indígenas mayoritarios.* Más del 90% de la población indígena total de América Latina vive en cinco países: tres en el área andina (Bolivia, Perú y Ecuador) y dos en Mesoamérica (Guatemala y México). La gran mayoría de ellos habita las altas tierras de estos países. Los pueblos indígenas más numerosos son:

a) Los Aymarás: constituyen el mayor pueblo homogéneo y habitan el altiplano alrededor del Lago Titicaca: un millón en Bolivia y medio millón en Perú.

b) Los Quechuas: los andinos que hablan el quechua se reparten en una vasta zona que se extiende desde el norte del Ecuador hasta el norte de Argentina, pasando por Perú y Bolivia. Su número total llega a 10 millones, la mayoría de ellos peruanos. De hecho son diversos pueblos, muchos de los cuales originalmente hablaban otros idiomas propios antes de ser integrados al imperio incaico.

Estos dos grupos, a pesar de su diversidad original, comparten entre sí un fondo cultural común.

c) Los Mapuches o Araucanos: habitan las partes sureñas de Chile (casi 600.000) y de Argentina (unos 300.000). Resistieron con fuerza a las incursiones de los ejércitos de los Incas, de los Españoles y de la República de Chile hasta fines del siglo pasado.

d) En los países de Guatemala y México hay nueve grupos con una población que va desde 100.000 hasta un millón: los Nahuas, Yucatecos, Zapotecos, Cachikeles, Kekchies, Mames, Mixtecos, Quichés y Totonacos. Otros nueve grupos cuentan entre 50.000 y 100.000 personas. Doce entre 20.000 y 50.000. Otros doce entre 10.000 y 20.000. Y once con más de 1.000 pero menos de 10.000. En estos grupos se hablan más de cincuenta idiomas principales, sin contar las diferencias dialécticas.

Desde el punto de vista *religioso* la situación de los indígenas mesoamericanos es relativamente semejante a la de los centroandinos. Sociológicamente se consideran católicos e incorporan ciertos ritos católicos en su sistema religioso tradicional, pero los esquemas valorativos e interpretativos de su vida socio-religiosa proceden más de sus costumbres ancestrales y pre-cristianas que del Evangelio. No se puede decir que sus valores sean anti-evangélicos ni carentes de un sentido cristiano, pero la profesión consciente de una fe en Cristo no es el factor determinante en su vida religiosa. Su participación masiva en la pastoral general es más bien pasiva, ocasional y ritualista. Están abiertos a una acción más evangélica, aunque existen muchos conflictos entre sus costumbres y las exigencias de la fe cristiana. Sólo durante esta última generación la Iglesia Católica ha renovado e intensificado su presencia misionera entre ellos. Esta nueva acción misionera tiene algunas características comunes: la valoración de la historia cultural de los pueblos, el anuncio más interpelante de la Palabra de Dios, una evangelización integral que se interesa también por su promoción humana, la formación de evangelizadores autóctonos y la vivencia de la fe en pequeñas comunidades llamadas "de base". Los ministerios laicales son numerosos, pero los ordenados son todavía pocos.

2. *Los indígenas minoritarios.* Menos del 10% de los indígenas latinoamericanos viven repartidos en más de 400 grupos menores (tribus) esparcidos por los territorios tropicales del Continente: en Centroamérica, en las costas del Caribe y del Pacífico, en las cuencas del Amazonas y del Orinoco, en las Guayanas y en el Gran Chaco.

a) Aparte de Guatemala, los países centroamericanos tienen una población indígena que varía entre 100.000 y 250.000 personas. Belice y Costa Rica tienen menos de 10.000 cada uno. Los grupos principales son los Miskitos de Nicaragua y Honduras (50.000) y los Guaynías de Panamá (40.000).

b) En el norte de Suramérica los únicos grupos numerosos son los Guajiros de Colombia y Venezuela (80.000), los Paeces de Colombia (60.000) y los Caribes de Venezuela y las Guayanas.

c) Unos 100.000 indígenas viven en el Gran Chaco: 30.000 en Argentina, 20.000 en Bolivia y 55.000 en el Paraguay. El único grupo numeroso es el de los Isoceños (Chiriguano) de Bolivia (17.000).

d) Casi la mitad de los indígenas minoritarios viven en la región amazónica. Cada país del área (Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela) cuenta entre 130.000 y 220.000. Estos están repartidos en casi 360 tribus. Existen además 267 grupos de menos de 1.000 personas, en vía de extinción, o cuyo número no se conoce. Hay otros 65 grupos con menos de 5.000 personas; 14 grupos entre 5.000 y 10.000; y 9 grupos cuya población queda entre 10.000 y 20.000. Los grupos mayores son: los Shuares de Ecuador y Perú (60.000), los Guahibas de Colombia y Venezuela (35.000), los Campas del Brasil y Perú; y los Chiquitanos de Bolivia (30.000).

La situación humana y *religiosa* de estos grupos minoritarios es diversa: algunos optan voluntaria o forzosamente por una integración a la sociedad occidental, adaptándose lo mejor que pueden a procesos que parecen inevitables; otros optan por la afirmación de su identidad propia y la defensa de sus derechos básicos, ya sea por una actitud de lucha o, en algunos casos, de fuga o de evasión del mundo de los blancos.

Es evidente que la religión de los grupos particulares depende mucho de estas circunstancias sociales. Aunque hay algunos grupos que entraron en contacto con el cristianismo hace unos siglos, como los afectados por las reducciones de los jesuitas, la evangelización es menos marcada entre estos indígenas minoritarios que entre los mayoritarios. La respuesta misionera también depende de diversos factores: el seguimiento de ciertos modelos históricos de la misión, el grado de inevitabilidad del proceso de integración nacional, la posibilidad de modelos alternativos y la respuesta a las exigencias actuales.

Los Pueblos Afroamericanos

El neologismo "afroamericano", usado por el Documento de Puebla (nn. 34, 365, 410, 415), quiere designar la gente "de color" cuya identidad se establece con referencia a dos polos: sus raíces africanas y su inserción en la realidad de nuestro Continente. Dice el informe del Departamento de Misiones del CELAM para Puebla que los afroamericanos son más numerosos que los indígenas, pero que lo más inquietante de la situación de estas poblaciones es nuestro desconocimiento general de ellos. Los datos estadísticos comprobados son todavía escasos e insuficientes. Lo cierto es que su número global es considerable:

La población de Haití es casi exclusivamente de origen africano, como también la décima parte de la del Brasil (sin contar los mestizos o "mulatos") y una mayoría en las Antillas. La proporción de negros y mulatos en Colombia, Ecuador y Venezuela es notable pero minoritaria (entre 10 y 20%). Otros países del área del Caribe tienen poblaciones morenas en diversas proporciones y con diversos grados de mestizaje.

Pero nuestra gente "de color" se identifica no como africana, sino como nacionales de sus países: brasileños, dominicanos, haitianos, panameños, etc. La misma apelación "afroamericanos" les parecería extraña. Su cultura es más propiamente "mestiza" y muchos expresan su religiosidad a través de un catolicismo popular semejante al de otros grupos latinoamericanos.

Algunos grupos expresan su religión al margen de la cultura occidental, particularmente a través de cultos con fuerte elemento africano, como el Vudú en Haití y la Umbanda en Brasil.

El mencionado informe del Departamento de Misiones del CELAM subraya que sería ingenuo minimizar el impacto de estos cultos también sobre la población banca y cita el caso de la Diócesis de Nova Iguaçu (Estado de Río de Janeiro, Brasil). Vale la pena conocer y considerar este caso particular pero excepcional, pues de él tenemos un estudio largo y cuidadoso hecho por el P. Francisco Cartaxo Rolim, O.P. y su grupo de investigadores en 1973. El estima en 14.000 el total de centros umbandistas en esta Diócesis suburbana de Río de Janeiro. Estos centros son llamados "terreiros". En cada "terreiro" hay 25, 40, 100 y aún 200 asistentes (verdaderas "comunidades de base"). Suponiendo un promedio ciertamente bajo de 30 personas por terreiro, habría aproximadamente 420.000 o más personas acudiendo cada semana a los terreiros sólomente en aquella Diócesis. Comparando con la población total no protestante (pues los protestantes que frecuentan los terreiros no pasan del 5%) y descontando los de menos de 15 años de edad (que no pueden participar por disposición policial), tendremos aproximadamente cerca de 48% a 50% de la población total de más de 15 años, no protestante, que van a los terreiros de Umbanda. Dice él textualmente: "En el período de un mes no sería exageración afirmar que el 75% o algo más frecuentan los terreiros". La revista brasilera *Sem Fronteiras* calcula que en Brasil, en 1977, 30 millones frecuentan "terreiros" umbandistas y que de cada tres católicos uno participa en estos cultos sincretistas.

Estos cultos están difundiendo también entre la gente blanca de los países limítrofes, como Uruguay, Argentina, Paraguay y Bolivia.

Según un Obispo colombiano, el "Islam negro", importado de los Estados Unidos, se está convirtiendo en símbolo de identidad africana en algunas partes de su país.

Lo que no sabemos es la proporción de los que optan por una afirmación de una identidad socio-religiosa a través de símbolos de origen africano. A base de informaciones recibidas de los organismos misioneros de diversas Conferencias Episcopales, podemos sospechar la existencia de cierta tendencia a la afirmación de raíces africanas, lo que parece coincidir con una marginación socio-económica y con una atención evangelizadora nula o mínima.

En este contexto no debemos desconocer los actuales movimientos en África que promueven su "independencia cultural" con el deseo "de ser ellos mismos": Leopold Sédar Senghor, Presidente del Senegal, con su teoría sobre la "negritud", pretende que la cultura africana será el equilibrio armónico entre los valores africanos y la cultura occidental. Sekou Touré, Presidente de Guinea, sustenta que a los africanos no les queda más que un camino para llegar a ser

“ellos mismos”: repudiar todas las influencias culturales occidentales; sería una revolución cultural. Mobutu, Presidente del Zaire, con su política de “autenticidad”, propone este slogan: “Debemos ser genuina, auténticamente zaireños”: por eso prohíbe los nombres extranjeros, incluso en el Bautismo. Es muy probable que esos movimientos tendrán su fuerte influencia también sobre la población de origen africano en América Latina.

Por eso el informe del Departamento de Misiones del CELAM recomendaba a los Obispos reunidos en Puebla: “Nos parece urgente que la Iglesia llegue a un conocimiento más preciso de la situación de estos grupos tan importantes, para descubrir dónde y hasta qué punto sus expresiones culturales y religiosas piden una respuesta misionera específica. Como los indígenas, estos grupos no son meramente el sólo objeto de una pastoral dirigida a sus problemas socio-económicos; son más bien pueblos vivientes capaces de enriquecer a la Iglesia y a la sociedad con los valiosos aportes de sus culturas. Asimismo, el reconocimiento del rostro africano de una proporción considerable de nuestra población invita a una nueva colaboración con las Iglesias del Africa: proceso ya iniciado por la Iglesia del Brasil”.

Los Pueblos Asioamericanos

Es una variedad de grupos étnicos frecuentemente olvidada en las descripciones demográficas del Continente latinoamericano. También el Documento de Puebla los desconoce. Su número total oscila entre 4 y 5 millones.

Muchos, especialmente en la región del Caribe, son descendientes de trabajadores contratados de la China, la India e Indonesia en el siglo pasado, para trabajo en colonias británicas y holandesas, Panamá, Perú y otros países.

El número de indios orientales (de la India) queda entre 800.000 y 900.000: unos 340.000 en Guayana, 300.000 en Trinidad-Tobago, 140.000 en Surinam, 25.000 en Jamaica y un número no establecido en Panamá. Aproximadamente el 80% de estos son hindúes, o sea entre 600.000 y 700.000. Los hindúes están relativamente más abiertos a la conversión que los musulmanes.

Algunos japoneses llegaron a este Continente a fines del siglo pasado para colonizar ciertas áreas de la Amazonía y otras partes de Suramérica y muchos se han integrado a la sociedad nacional y a la Iglesia. Solo en Brasil, principalmente en los Estados de S. Paulo y Paraná, existen unos 700.000 japoneses y unos millones de “nisei” (nipo-americanos nacidos en el país pero con una cultura propia). El número de católicos japoneses en Brasil es mayor que en el Japón. Pero existen problemas fuertes de sincretismo religioso. Por ejemplo el Seicho-no-ie (la Casa de la Plenitud) es un movimiento de las “nuevas religiones” japonesas y esencialmente sincretista y cuenta en Brasil con unos 800.000 practicantes, la mayoría de ellos no son de origen japonés. Otro movimiento sincretista de origen japonés, “La Perfecta Libertad”, tiene en Brasil 300.000 miembros. La secta Mesiánica cuenta con 100.000 adeptos.

En estos últimos años hubo también inmigración de coreanos, notablemente en Bolivia, Brasil y Paraguay. Pero no hay datos sobre su número ni su situación religiosa. Tampoco conocemos el número de los chinos ni las características de su situación religiosa.

Fue impresionante para el Departamento de Misiones del CELAM saber que la población musulmana en América Latina se aproxima a un millón de personas. El Documento de Puebla los menciona (cf. nn. 1104, 1111). La Conferencia Episcopal de las Antillas informa que el número de musulmanes descendientes de inmigrantes de la India es entre 150.000 y 200.000. Allá hay

también unos 60.000 javaneses de Indonesia. En Argentina hay unos 700.000 musulmanes árabes. En Brasil también están presentes, pero no hay datos exactos al respecto.

Estos grupos asioamericanos frecuentemente constituyen factores importantes en el comercio y generalmente no experimentan la pobreza que es tan común entre los indígenas y los afroamericanos.

Las nuevas situaciones

El Documento de Puebla habla de "situaciones nuevas", expresión tomada de *Ad Gentes* n. 6, que nacen de cambios socio-culturales, como: emigrantes a otros países, grandes aglomeraciones urbanas en el propio país, masas de todo estrato social en precaria situación de fe, grupos expuestos al influjo de las sectas y de las ideologías que no respetan su identidad, confunden y provocan divisiones (n. 366).

El informe del Departamento de Misiones del CELAM para Puebla había dedicado una parte a los grupos humanos en estado de migración, con estos datos:

Hay un movimiento masivo de muchos grupos como fenómeno actual nuevo que requiere la atención de la Iglesia. Los migrantes llegan a varios millones, aunque sea difícil establecer su número con exactitud.

Estas migraciones se extienden en diversas direcciones. Algunas se circunscriben dentro de los límites del mismo país. Otras se extienden a otros países y continentes. El movimiento tiene dos principales focos de atracción: primariamente hacia las grandes ciudades y secundariamente hacia nuevas zonas de explotación (la Amazonía y otras zonas tropicales, zonas poco pobladas como Patagonia y La Guajira).

La inmigración internacional a la Argentina constituye un desafío: unos 600.000 bolivianos, 200.000 brasileños, 550.000 chilenos, 700.000 paraguayos y 500.000 uruguayos.

Las migraciones internas hacia las grandes ciudades transforman las mismas ciudades y también la vida cultural de los migrantes. El crecimiento demográfico de algunas ciudades es asombroso y resulta no sólo en problemas de servicios básicos sino también en cambios culturales y en nuevas formas de relaciones humanas. Los indígenas que migran a las ciudades, por ejemplo, normalmente pierden algo de los valores humanizantes de su cultura tradicional, gravitando hacia nuevas subculturas indio-urbanas o hacia una mestización con una fuerte dosis de materialismo, si no se encuentran en un estado sin normas (anomia).

Las migraciones hacia nuevas zonas de explotación en el interior de los países afectan a los migrantes como a los habitantes originales de la región, por ejemplo los indígenas minoritarios. Dondequiera que se abren caminos de penetración o que se inicien proyectos de explotación agrícola, ganadera, petrolífera o minera de las regiones tropicales antes marginadas, siguen los migrantes.

Los migrantes experimentan cambios profundos en su manera de vivir y son muy susceptibles también a cambios religiosos y fácilmente víctimas de nuevas formas de sincretismo. Y no hay duda de que en estas últimas décadas ha surgido una nueva subcultura popular urbana en América Latina, que integra elementos tradicionales y nuevos en sus sistemas de valores.

Las Comisiones misioneras de las Conferencias Episcopales manifestaron su sorpresa al constatar el extraordinario éxito de los movimientos religiosos libres (sectas de todo tipo) o de las actuales corrientes secularizantes y secularistas en América Latina precisamente en el ambiente de esta nueva subcultura popular urbana. Ellos ven en el éxito de estos movimientos sectarios y secularistas no solo un signo de su fuerza atractiva, sino —y eso es lo grave— un signo de debilidad en la adhesión de muchos a la Iglesia Católica: son multitud los que tienen relaciones muy tenues con la Iglesia. Las mayorías latinoamericanas se consideran “católicas, apostólicas y romanas”, aunque la adhesión eclesial de ellas frecuentemente se basa más en una pertenencia costumbrista a la Iglesia que en convicciones profundas de fe. Algunos Episcopados se preguntan si la mayoría de la población de sus países se identificará como católicos dentro de unos veinte años.

Sin embargo, no se debe pensar que esta situación de adhesión precaria y superficial a la Iglesia y, por ende, de apertura fácil a actitudes sincretistas se encuentre sólo o principalmente en los sectores populares. En la consulta a las Conferencias Episcopales se les pidió señalar aquellos grupos humanos cuya cultura no haya sido penetrada por el Evangelio. Y fue impresionante ver cuántas de ellas espontáneamente mencionaron las clases rectoras, adineradas y patronales de la sociedad: las clases medias y altas.

También el Documento de Puebla constata que el indiferentismo ha pasado a ser un problema enraizado en grandes sectores de grupos intelectuales y profesionales, de la juventud y aún de las clases obreras (n. 79); y que la ignorancia y el indiferentismo llevan a muchos a prescindir de los principios morales, sean personales o sociales y a encerrarse en un ritualismo, en la mera práctica social de ciertos sacramentos o en las exequias, como señal de su pertenencia a la Iglesia (n. 82).

Señalando los aspectos negativos de la religiosidad o piedad popular latinoamericana, el Documento de Puebla (nn. 914, 456) es bastante acusador:

- falta de sentido de pertenencia a la Iglesia;
- desvinculación entre fe y vida;
- no conduce a la recepción de los Sacramentos;
- valoración exagerada del culto a los Santos con detrimento del conocimiento de Jesucristo y su misterio;
- idea deformada de Dios;
- concepto utilitario de ciertas formas de piedad;
- inclinación al sincretismo religioso;
- infiltración del espiritismo y de prácticas religiosas del Oriente;
- superstición;
- magia;
- fatalismo;
- fetichismo y ritualismo;
- arcaísmo estático;
- reinterpretación sincretista;
- reduccionismo de la fe a un mero contrato en la relación con Dios.

Pero el Documento de Puebla conoce también los elementos positivos de esta religiosidad (nn. 454, 448, 913) y, consciente de que “el cambio de una sociedad agraria a una urbano-industrial somete la religión del pueblo a una crisis decisiva” (n. 460), propone todo un plan pastoral constructivo y positivo (nn. 460-468).